

LA LECTURA POPULAR

PUBLICACION CATÓLICA QUINCENAL

GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

NUMERO PROSPECTO

Con censura de la Autoridad Eclesiástica.

Redactor y Propietario, D. Adolfo Clavarana, Abogado.

IDEA NUEVA Y PROYECTO ATREVIDO.

Mucho tiempo há que dolorosamente impresionados por el espectáculo de corrupcion é impiedad que la prensa irreligiosa está dando al mundo, y por la infame obra de descristianizacion que está llevando á cabo, nos sentiamos inclinados á hacer algo, si quiera fuese pequeño y como para satisfacer los sentimientos de nuestro corazon; algo, que contrarrestase la perniciosa influencia de esas corrientes de hielo que, si Dios no lo remedia, van á extinguir pronto la vida moral de la sociedad y de la familia.

Pensábamos en la publicacion de libros, folletos opúsculos etc., pero tuvimos en cuenta que la ligereza, verdadera anemia de los espíritus sin fé, apenas si permite hoy leer otra cosa que el periódico sazonado con el escitante de la curiosidad ó con el alegre estilo del buen humor.

Entonces, considerando lo bueno que es siempre utilizar en favor del bien, los mismos elementos que el enemigo usa en provecho del mal, nos ocurrió la idea de fundar uno que satisficiera las mismas condiciones.

Pero ¿qué podía valer un periódico más, donde hay tantos y tan bien escritos, que sostienen la buena doctrina?

Además, un periódico distribuido por suscripcion, lo leerian solamente los que á él se suscribiesen, y como los que se suscribirian á él serian precisamente los que ménos lo necesitaran (pues en el mero hecho de suscribirse ya demostraban ser católicos,) resultaría que no habriamos adelantado nada en nuestro principal propósito de propagar la sana doctrina entre las personas que más falta pudieran tener de ella.

Esta era una dificultad y para resolverla solo encontramos un medio por demás atrevido: fundar un periódico gratuito: un periódico que se repartiase de balde entre las clases trabajadoras, para que de esta manera viniesen á leerlo aquellas personas que si habian de sacar dinero del bolsillo para pagar la suscripcion no leerian jamás.

La idea era excelente. Un periódico festivo popular, escrito en estilo llano, que entre diálogos humorísticos unas veces, sérios otras, pero siempre nutridos de sávia cristiana, llevase la verdad y el bien á esas cabezas y á esos corazones, cuya sencillez se há tratado de convertir en instrumento de fines harto conocidos, derramando intencionalmente sobre ella toda clase de seducciones: un periódico que en los dias de descanso se llevase gratis hasta la misma puerta del artesano, del jornalero, del labrador etc. para que le

sirviese de recreo al par que de consejo, de aviso ó de enseñanza, era verdaderamente un ideal de propaganda que satisfacía completamente nuestras aspiraciones, pues sabido es que nada influye tanto hoy sobre las idas de un hombre ó de una familia, como el periódico que visitándola constantemente en dias fijos, y hablándola en su propio lenguaje llega á hacerse completamente dueño de su corazon y de sus opiniones. Comprendimos que el proyecto no podia ser mejor, pero ¿cómo realizarlo?

En primer lugar ¿quién pagaba ese periódico?

En segundo lugar ¿quién lo repartía?

Ambas dificultades eran inmensas si la obra habia de alcanzar la extension necesaria para ser eficaz.

Podemos asegurar que para resolverlas se nos han pasado más de tres años, pues temiamos y con razon que nuestros cálculos fuesen ilusorios como tantos otros de esos que el deseo forja y la realidad desvanece.

Más llegó un dia en que la capital de esta provincia, presenció sucesos lamentabilísimos, que no hay para que recordar, y la divina Providencia que de los males saca bienes quiso que la impresion dolorosa que produjeron en nuestro ánimo tales sucesos fuese el motivo que nos determinase á abordar de una vez la difícil empresa.

Para ello pensamos en un principio formar una asociación de católicos, pero conociendo por experiencia los obstáculos con que suelen tropezar los hombres para ponerse de acuerdo y más cuando se trata de hacer constantes sacrificios pecuniarios y personales, desechamos esta fórmula, obtando por la más sencilla que hemos llevado á la práctica. Tal ha sido crear un periódico como cualquier otro, pero quincenal y sumamente económico, para poder decir al hombre de buen deseo, al católico celoso, en una palabra, á todo el que real y verdaderamente tiene interés en curar al pueblo la llaga que le está abriendo ese mercantilismo literario que todo lo corrompe para explotarlo todo: hay tienes ese periódico; en vez de suscribirte por un solo número te suscribirás cuando menos, por 25; y en vez de leerlo tu solo, procurarás repartirlo si eres propietario, entre tus colonos ó jornaleros, si eres fabricante entre tus operarios, si cura párroco, entre tus feligreses; y en fin, si particular que ni tienes feligreses, ni colonos, ni operarios puedes fácilmente ponerte de acuerdo con el vecino que más confianza te inspire en tal ó cual barrio, en tal ó cual idea y encargarle la distribucion de los números de tu suscripcion entre las familias de artesanos y de trabajadores que no dejarán nunca de recibir y leer con gusto un periódico que se les dá gratis y que se les entrega en la misma puerta de su casa.

Este era en nuestro concepto la única manera de llevar adelante la benéfica empresa, y desde luego la aceptamos, debiendo añadir que no nos pesa haberlo hecho así.

Cuatro son los números que van publicados y ya son algunos miles los ejemplares que repartimos entre el pueblo de las ciudades y de las aldeas, de los campos y de los caseríos. Hasta donde pudiese llegar á extenderse tan útil propaganda no lo sabemos.

Sólo si pensamos que si nos ayudasen los hombres de buena voluntad, el fruto pudiese llegar á ser tan grande como grande es la necesidad de que lo sea.

El pueblo, ese pueblo sobre el que se han vertido tantas corrupciones, tantos errores y tantas vilezas, tiene hambre y sed de justicia y de verdad.

Y entre tanto, la fuente del cristianismo, esa fuente de donde hace diez y nueve siglos está manando el licor de la vida se quiere cegar á toda costa, dejando que el pueblo infeliz se agoste al calor de sus pasiones.

¿Puede darse un designio más descaradamente pagano?

¡Oh! en verdad que es un designio satánico, cuyo amargo fruto ha empezado ya á recoger nuestra patria en sus provincias andaluzas.

Y ¿cómo consentir su completa realización los que nos llamamos católicos, sin merecer cuando menos el dictado de tibios? ¿Cómo permanecer cruzados de brazos ante el peligro, los discípulos de aquél que enseñó á amar *dando la vida por sus amigos*? ¿Cómo permanecer fríos é indiferentes ante la nefanda obra de la descristianización de nuestra patria?

¡Oh! es preciso un poco menos de egoísmo, un poco menos de frialdad, un poco menos de ese indiferentismo que parece honrado porque solo consiste encogerse de hombros y dejar que ruede la bola.

El enemigo empuja con violencia, cada día crecen las publicaciones anti católicas y anti sociales. No es tolerable que ante ese espectáculo permanezca impasible el buen católico.

Preciso es un poco más de caridad para que la sociedad se salve de las catástrofes que la amenazan (que no son pequeñas).

Y dicho sea de una vez, no ha de ser con cábalas políticas ni con cálculos económicos como ha de realizarse esa obra de salvación sino con la difusión de la verdad evangélica.

Más hoy que el evangelio no puede predicarse por calles y plazas si no solo en el templo y á veces con no poca dificultad. ¿Qué hacer con esa gran masa de gentes que jamás entran en la iglesia y menos á oír un sermón, y que apenas piensan en otra cosa que en sus negocios ó sus placeres! ¿Qué hacer con esas gentes que aun en materia de lectura, por indiferencia ó por instinto, rechazan todo lo que no les divierte ó les interesa!

¿Qué hacer?

Darles gusto y buscarles hasta por el camino del placer y de la curiosidad.

El día que podamos ilustraremos con figurillas nuestros artículos morales y con caricaturas nuestros diálogos, poniendo al servicio del bien los instrumentos que tanto han servido para el mal, pues para fines mejores que el de ofender al prójimo dió Dios al artista el génio de la sátira y de la caricatura.

Tales han sido los motivos y los propósitos que nos han movido á emprender la obra que nos ocupa.

No ocultamos que hoy es humildísima, pues el pobre ingenio de un abogado de provincia, no es el más apropiado para tales empresas.

Se ha dicho y con verdad que Madrid es el cerebro de España.

Conforme; pero no es su corazón.

Y como para hablar al pueblo quizás se necesita más corazón que cabeza, de aquí nuestro atrevimiento al emprender desde este rincón de la península obra tan delicada.

Sin embargo, si algún día lo permite su extensión asociaremos á ella plumas más ilustradas.

Por hoy nos limitamos á ofrecerla tal como hemos podido engendrarla con no pocas dificultades. Nuestra tendencia ha sido y es hablar al pueblo el lenguaje de la verdad que sale del evangelio como de su fuente más pura, poniendo en juego esas formas vulgares que tanto gustan y de las que tanto se está abusando para descatólicar la familia; formas jocosas algunas veces, ligeras otras, pero siempre inofensivas y siempre dirigidas al recto fin de sembrar el bien y difundir la verdadera luz.

Para no desviarnos de nuestro camino, y á fuer de católicos sinceros, hemos sometido hasta ahora y seguiremos sometiendo en adelante todos nuestros trabajos al criterio de nuestra autoridad eclesiástica, bajo cuya censura y no de otro modo los publicaremos.

Esta es la mejor garantía para nuestros suscriptores y para nosotros mismos.

En cuanto á la parte material de la obra, no queremos hacer promesas. Vale más hacer poco sin ofrecer nada, que ofrecer mucho para hacer poco. El único y formal ofrecimiento que hacemos hoy es que nuestra publicación no se ocupará jamás de política. En el terreno religioso, en el terreno moral, en el terreno social, donde tanto hay que trabajar para arrancar la cizaña y sembrar la buena doctrina, ahí nos hallarán siempre nuestros lectores.

El periódico que por cualquier concepto nos ataque puede estar seguro que no le contestaremos.

Queremos consagrar hasta el más pequeño hueco de nuestras humildes hojas á la nobilísima propaganda moral y religiosa.

En estos propósitos fundamos la esperanza de ser protegidos por los hombres de buen deseo. Y sobre todo: en estos propósitos fundamos la más positiva esperanza, de ser ayudados por la bendición de Dios.

OBSERVACION INTERESANTE

Llamamos la atención de los lectores de este prospecto, hácia un punto que algunos suscriptores nos han indicado como de dificultad práctica para el buen resultado de la obra que hemos emprendido y que deseamos aumente. ¿Qué harán, dicen con sus paquetes de ejemplares, algunos de los que llevados de su buen deseo se suscriban y sin embargo no tengan ni colonos, ni operarios, ni feligreses etc.? ¿Cómo repartir ellos cada quince días el contingente de su suscripción? ¿Esto es un escollo y una dificultad, nos añaden. Sería mejor que la Administración remitiera directamente por correo los ejemplares á las personas que los suscriptores designasen. La experiencia nos ha enseñado precisamente todo lo contrario. Nada más fácil al suscriptor que repartir su paquete, aun cuando se encuentre en las condiciones antes dichas. Le basta buscar á uno de esos artesanos honrados y de buena voluntad, que por fortuna en ninguna parte faltan, y decirle: Ven cada quince días; toma 25 periódicos y repártelos entre las familias pobres y trabajadoras de tu barrio que cuenten con algun individuo que sepa leer, procurando la primera vez que lo hagas formar una lista para que á ti te sirva de gobierno y para que siempre sean unas mismas familias las que constantemente reciban la suscripción. Esto lo hemos hecho nosotros: esto se está haciendo ya por nuestros suscriptores en otras poblaciones, y podemos asegurar que, lejos de ser una cosa difícil, es más fácil de lo que se cree: primero, porque á las pobres familias artesanas les es grato tener un periódico fijo, que la costumbre les hace desear con impaciencia, recibir con alegría y leer con gusto, viniendo esto mismo á producir en el bondadoso encargado del reparto, cierta satisfacción que le mueve á buscar quincenalmente

y con puntualidad en casa del suscriptor el paquete de La Lectura. Si la administración había de hacer este trabajo valiéndose del correo, sobre tener que complicarse mucho con perjuicio del precio de suscripción, se encontraría con no pocas pérdidas de paquetes, cuya costosa repartición no había de resultar muy grata a los pobres dependientes de correos, obligados á recorrer casa por casa, barrios extraviados donde pocas veces suelen llevar correspondencia. Además, ¿y las huertas? ¿y los campos? y la oportunidad, por otra parte, de hacer la distribución en la mañana de los días festivos, que son los únicos en que el trabajador puede leer un periódico? En fin, creemos que lo mejor es la forma antes indicada. Sin embargo, cuando algún suscriptor lo desee, la administración hará el reparto, pero éste tendrá que ser por el mismo procedimiento, y por tanto, á arbitrio de un repartidor.

Para que mejor puedan enterarse nuestros lectores de la índole de esta publicación, reproducimos á continuación para llevar el pliego, dos artículos tomados de los números que van publicados.

Estos son cinco y á excepción del primero cuya edición se ha agotado, no tendremos inconveniente en remitirlos gratis á las personas que antes de suscribirse deseen leerlos.

* * *

DIÁLOGOS DE VECINDAD.

—No se canse V. tío Pedro, estoy convencido de que todo eso que se dice del infierno, son paparruchas.

—Quien no ha de cansarse es V. tío Blas, porque estoy convencido, de que todo lo que ha hablado V. desde que nació hasta ahora, son barbaridades.

—V. me ofende, tío Pedro.

—Y ¿qué tenemos con eso tío Blas?

—Que tendré que darle á V. de bofetones, porque todo el que ofende á otro merece ser castigado.

—Está V. en un error.

—¿Cómo en un error? ¿con que yo no he de tener derecho á castigar al que me ofende?

—No señor; no tiene V. tal derecho, según V. mismo acaba de decir.

Hombre, quisiera saber cuando he dicho yo semejante cosa.

—Cuando me ha querido asegurar que lo del infierno no es pura invención.

—Y ¿qué tiene que ver lo uno con lo otro?

—Mucho tiene que ver, pues si suponemos, como qued quiere, que no hay infierno, es decir, que la justicia misma que es Dios, no castiga á los hombres, ¿por qué no tendrá derecho á castigarlos y claro que si Dios no tiene derecho á castigar á los hombres, menos derecho tendrán estos de castigarse unos otros.

—Le diré á V. tío Pedro....

—No tiene V. que decirme nada, tío Blas. Si el que le hizo á V. esas manazas que por cierto son muy feas, no tiene derecho á castigarlas, cuando cometen una injusticia, menos derecho tendrán ellas de castigarme á mí dándome de bofetones por la ofensa que yo le acabo de hacer á V. Esto es más claro que el agua.

—Si señor: será muy claro, tío Pedro; pero á mí nadie me convence de que el hombre ofendido no tenga derecho á la reparación.

—Ni á mí tampoco me convence nadie, de que cuando se ofende á Dios, origen y fuente de justicia, pueda quedar la cosa tablas. No faltaba más si no que Dios consintiera que cuatro tunantes ó cuatro poderosos, abusasen de su poder y de su influencia para oprimir al débil, robar al pobre, corromper á la inocencia y hacer otras fechorías por el estilo, riéndose de todas las leyes divinas y humanas y que luego se echase tierra al negocio, como suele hacerse en este mundo, y todos quedásemos iguales.

—Veo tío Pedro, que V. ha estudiado poco, pues

si hubiese leído los libros que yo, sabría que la naturaleza de las cosas ha colocado fatalmente el castigo de cada transgresión, en la transgresión misma.

—Todo eso son músicas, tío Blas; no necesitaba V. tanto requilorio para recordarme que hay un refrán que dice, *que en el pecado vá la penitencia*. Pero ¿qué es lo que quiere V. probar con esto? ¿que los males que se hacen en este mundo, ya quedan suficientemente castigados? Pues se equivoca V. y los libros donde haya leído semejante error, porque el libro de la experiencia que jamás engaña y que es en el que vengo leyendo hace sesenta años, dice en cada una de sus páginas todo lo contrario. Cansado está uno de ver vivir en magníficos palacios á galopines que debieran estar en presidio; cansado está uno de ver felices y alegres á gentes que han pasado su vida haciendo llorar á los demás; cansado está uno de ver disfrutar tranquilamente su fortuna, á hombres que la han amasado con el sudor y las lágrimas de cien infelices á quienes ellos hundieron en la miseria. En una palabra: cansado está uno de ver en la tierra derramar lágrimas á la virtud y reír al vicio. Y ¿qué? ¿Le parece á V. que la cosa puede quedar así? Pues se equivoca de medio á medio. No negaré que Dios castiga muchas veces en este mundo á los que desobedecen sus leyes, haciéndoles naturalmente recoger el fruto de sus maldades, pero esto no compensa ni con mucho las injusticias cometidas. Suprimáse aquel otro brazo de la balanza, ^{los} decir, suprima V. el castigo de por allá y verá V. que contentos se ponen todos los pillos del universo y que tristes se ponen todos los hombres de bien. Claro; no se habían de poner tristes, como que dirían, «nos hemos equivocado: hemos sido unos tontos con reprimir nuestras pasiones y pasar la vida luchando contra nosotros mismos. «De ahora en adelante debemos variar. «Puesto que no hay más premios ni más castigos que los de por acá, pasemos la vida lo mejor posible, aunque para ello tengamos que sacrificar al lucero de la mañana. No hay más que conservar la salud, huir el bulto á la guardia civil y ancha es Castilla. ¿Le parece á V. tío Blas que con estos cálculos se necesitaria mucho tiempo para ver convertida la sociedad en un rebaño de fieras y el mundo en una cueva de ladrones.

—En eso tiene V. razón, tío Pedro.

—Pues si tengo razón, con este argumento me basta y me sobra para convencerme de que en la cuestión del infierno, la verdadera paparrucha está en suponer que no le hay como suponen los que quisieran que no le hubiera. Creen los muy majaderos que con negarlo dejará de existir.

—Es decir, que quedamos en que hay infierno.

—Si señor, quedamos en que no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, y que por tanto el que no las paga aquí, no tiene más remedio que pagarlas allá, á menos que la justicia eterna, que es Dios mismo, deje de ser quien es, para dar gusto á cuatro tunos que no quisieran hubiese un freno capaz de reprimir sus tunantadas.

EL CORAZON DE JESUS Y EL CORAZON DEL PUEBLO.

Hay dos corazones que nacieron para vivir unidos. El del pueblo y el de su Salvador.

Sustraer á la vida cristiana el corazón del pueblo es lo mismo que arrancar una planta de su suelo natural y de su clima propio para llevarla á un suelo extraño donde solo le espera la muerte.

Hé aquí la idea que á cualquiera sugiere el evangelio de hoy, donde se leen estas hermosas frases:

Venid á mí todos los que trabajáis y estais oprimidos, que yo os aliviaré.

Es decir, venid á mí los pobres que lucháis con vuestra desgracia, los débiles á quienes oprime la injusticia, los que ganáis el pan con el sudor de vuestro rostro, que yo os consolaré en vuestras aflicciones y os ayudaré en vuestras faenas.

A nadie mejor que al pueblo cuadran estas frases.

En ninguna parte de su evangelio dirige Jesus palabras parecidas á los ricos, á los poderosos, á los felices de la tierra.

El es padre de todos, pero su amor, su predilección su cariño, lo pone en los *oprimidos*, en los que *trabajan*.

¡Qué cosa más natural, que los *oprimidos* y los que *trabajan* busquen en él el apetecido consuelo!

Jesus ofrece aliviar al pobre y en efecto le alivia cuando ese pobre *vá á él*.

¿Cómo? De muchas maneras, pero de dos muy principales.

Con sus promesas y con sus dones.

La *esperanza* y la *paź* son los tesoros siempre dispuestos á enriquecer el corazón de todo desgraciado que *vá á Jesus*.

Paź y esperanza; elementos bastantes á convertir en luz las tinieblas, en placer los dolores y en ligeras cargas los más pesados yugos del trabajo.

Para el poderoso, para el ambicioso, para el que no trabaja ni sabe *hacerse pobre* aun en medio de sus riquezas, despegándolas de su corazón y dándolas al destino que Dios manda, no hay ni puede haber *paź ni esperanza*.

Los tesoros de Jesus se han hecho para el pobre trabajador y oprimido que *le busca*.

Así se comprende la necesidad que tiene el pobre de buscar á Jesus, y así se comprende también toda la vileza que encierra la infame obra de la descristianización del pueblo.

No bastaba á los grandes ambiciosos oprimirlo y hacerlo instrumento inconsciente de sus torcidos proyectos llevándole cien veces al matadero de las revoluciones armadas. No les bastaba vejarlo y esquimarlo reduciéndolo á la miseria á fuerza de ensayar en él todas las cabalas y todos los sistemas, hasta los más absurdos.

Era preciso más.

Era preciso arrancarle también del corazón lo único que le quedaba; la *paź y la esperanza*; joyas que enriquecen su pobreza, virtudes que endulzan su amargura, últimos elementos de bien estar, á él y solo á él concedidos.

Y ¿por qué tanta crueldad?

Muy sencillo; porque el pueblo que conserva esos elementos, conserva fuerzas propias que le hacen fuerte como una roca en medio de las tormentas.

Porque el pueblo que conserva esos elementos lleva en su alma su propia redención y se hace inaccesible á todas las seducciones con que le brindan los que solo tratan de corromperle con el objeto de explotarle.

¡Ah! pueblo bondadoso y sencillo, cuándo acabarás de conocer todo esto!

Nadie es tan enemigo tuyo como aquel que trata de descristianizarte.

Nadie llegaría á hacerte más daño que aquel que arrancase por completo de tu corazón el amor de los amores, aquel gran amor que dá la paz en la tierra y prepara la vida del cielo. Aquel amor que preserva de la corrupción, que alienta en los trabajos y que restaña las heridas abiertas por la injusticia de los malvados, la tiranía de los fuertes y el egoísmo de los poderosos.

En el mismo evangelio que cita Jesús diciendo que *su yugo es suave y su carga es ligera*.

Compara esa carga con la que pesa sobre tus hombros los que en vez de enseñar como el amor te enseñan á aborrecer como hijo de la luz caído en las tinieblas, que no se diferencia.

Por una parte la *paź* y la *esperanza* sombra protectora y fecunda crecen y se desarrollan todas las grandezas y todos los progresos; por otra parte el odio y las malas pasiones á cuyo negro influjo se destruye el mundo.

Por una parte la felicidad, aun en medio de la pobreza y la desgracia; por otra la desdicha aun en medio de la más grande abundancia.

¡Ah! en verdad que la comparación es por demás interesante y vale la pena de ser detenidamente estudiada.

Cuando hayas hecho ese estudio ya verás cuán cierto es que tu felicidad solo consiste en dejar latir tu corazón en armonía con aquel corazón que siempre latió por tí y para tí.

Entonces y solo entonces comprenderás toda la extensión del daño que tratan de hacerte los que quieren arrancarte á la vida cristiana por regiones extrañas donde exhalarías tu vida plantas arrancadas á su propio suelo que primer soplo del invierno.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándola bajo formas ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones y cuartos de acción.

Cada acción dá derecho á recibir cien ejemplares de la publicación, ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista puede repartir entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó dejar su distribución al arbitrio de esta administración para que se haga en las aldeas, huertas, caseríos, fabricas etc.

Es pues una verdadera obra de caridad al alcance de todo el mundo y cuya trascendencia no puede ocultarse á los que conocen la influencia que ejerce el periodismo en las clases populares que hoy leen con ansia cuanto llega á sus manos.

Punto de suscripción.—La dirección de este periódico en la calle de Bellot, núm. 3, Orihuela.

PRECIOS DE SUSCRICION.

| | |
|---------------|----------------------|
| Una acción. | 4 pesetas mensuales. |
| Media id. | 2 » » |
| Un cuarto id. | 1 » » |

Los pagos se harán por trimestres adelantados, y los que hayan de recibir su paquete fuera de la localidad satisfarán además mensualmente cincuenta céntimos de peseta por acción, por el gasto de correo, ó bien 25 céntimos ó 12 céntimos respectivamente cuando sea media acción ó un cuarto de acción lo suscrito.

Imprenta de Cornelio Fayá, calle Mayor, 37.